



Iglesia Evangélica Luterana en América

La obra de Dios. Nuestras manos.

2020 Mensaje de Pascua de la obispa Eaton

Quiero que consideremos esa primera Pascua. No hubo alegres celebraciones ni iglesias llenas de feligreses. Más bien hubo miedo y ansiedad, y una aplastante desilusión. Ellos habían visto su esperanza crucificada. Habían visto a Jesús en la tumba, y ahora llegaban las mujeres, listas para preparar a un cadáver para la muerte, para su entierro. Sabemos que aquellos primeros cristianos no lograban entender lo que realmente había sucedido; que el mundo había cambiado total y completamente. Estamos viviendo en un tiempo en el que las celebraciones de la Pascua de Resurrección no serán como habían sido antes, en el que tal vez sean más silenciosas, en el que de hecho nos añoraremos aun más unos a otros porque estamos físicamente distanciados el uno del otro. En Illinois, los CDCs han determinado que el coronavirus mostrará su pico el 12 de abril. Esta es la Pascua, y no se me escapa que las fuerzas de la muerte están levantando su potencia y su cabeza en el mismo momento en que Jesús fue resucitado de entre los muertos. Sin embargo, creo que en esta Pascua podemos cantar nuestras aleluyas. Es posible que estemos un tanto vacilantes al principio, como estaban las mujeres cuando llegaron a la tumba, o como los discípulos que se habían encerrado en el aposento alto. Es posible que en nuestra aleluya haya una creciente esperanza y fortaleza al darnos cuenta de que la vida continúa y que Dios tiene un futuro para nosotros. En nuestras aleluyas habrá un desafío cuando echemos un vistazo a la muerte y a todas esas fuerzas nefastas y digamos: “No ganarán”. Y finalmente habrá gozo; la alegría eterna de saber que Dios nos ama completamente y nos ha otorgado la vida eterna. Así, pues, Cristo ha resucitado, aleluya.